

Recuerdo de Máximo Echecopar

*Por Enrique Aguilar**

El 20 de marzo pasado falleció, a los 90 años, Máximo Echecopar. En un país habituado a olvidar a sus hijos ilustres, su deceso habrá pasado inadvertido a muchos. Quienes gozamos de su amistad, en cambio, quienes frecuentamos su obra y admiramos su vasta e impar trayectoria, guardaremos de Máximo un recuerdo imborrable. En lo personal, puedo decir que a este recuerdo se añade el profundo dolor que siento por su partida y que difícilmente podrá aliviar el paso del tiempo.

A pesar de la distancia, medida en años, que nos separaba, no obstante el abismo infranqueable que existía entre su inmenso saber y el mío, tuve el privilegio de contarme entre sus amistades más próximas durante los últimos cuatro lustros. Gocé de su palabra y su ejemplo, de su paternal consejo y sus enseñanzas, de su compañía, en suma, que me permitió apreciar de cerca su don de gentes, su fineza intelectual, el amplio alcance de sus simpatías, su limpieza de alma y tantos otros rasgos salientes de su personalidad.

Fue amigo personal y discípulo de José Ortega y Gasset, con quien mantuvo un trato estrechísimo –prácticamente diario– durante el exilio argentino del filósofo entre 1939 y 1942. Partici-

* Director de la Escuela de Ciencias Políticas (UCA).

pó activamente en los Cursos de Cultura Católica. Fue Cónsul en El Cairo, Ministro en Londres, Embajador por dos veces ante la Santa Sede como también en Suecia, Perú, Colombia, Suiza y Méjico, representación esta que se vio coronada por la publicación de una obra colectiva en su homenaje titulada, precisamente, *Máximo Etchecopar en Méjico*. Por si fuera poco, cabe recordar que fue el primer director del Instituto del Servicio Exterior de la Nación, entre 1966 y 1969.

Entre su producción escrita destaco los siguientes títulos: *Con mi generación*, *Esquema de la Argentina*, *Breve y varia lección*, *Unos papeles de Lofredo Paz*, *Lugones o la veracidad*, *Visto al llegar*, *Historia de una afición a leer*, *Ortega y la Argentina* y *El fin del nuevo mundo*. De este último señaló Julián Marías en el ABC, de Madrid: “*He leído El fin del Nuevo Mundo con un interés creciente. Está escrito desde la experiencia de América, desde la inquietud por sus problemas y dificultades, sobre un riquísimo fondo de lecturas inteligentes, en el doble sentido de esta expresión algo ambigua: por la condición del lector y de lo leído.*” Y más adelante: “*Conocedor a fondo de la historia de estos pueblos, en sus líneas generales y en su detalle, nuestro autor la analiza con gran veracidad y perspicacia. Para lectores españoles, es un libro esclarecedor y apasionante; y pienso que muy poco menos para los hispanoamericanos, porque, aparte de la densa capa de falsedad que envuelve al Continente entero, suelen saber poco de los países que no son el suyo particular.*”

En marzo de 1987, estando yo en España becado por la Fundación Ortega y Gasset y el Instituto de Cooperación Iberoamericana, me escribía Máximo: “[...] *No me sorprende, por cierto, que en un primer pronto hayas echado de menos a tu ciudad porteña y a tu gente. Es un tributo aduanero que ningún país extraño se olvida de cobrar. Pero ya veo –y te imaginarás lo que eso me alegra– que esa primera impresión un tanto ingrata ha sido holgadamente reemplazada por numerosas otras de signo grato y positivo. Todavía tiene algo de irreal y como de sueño con los ojos abiertos,*

el realizar uno que tu aventura 'orteguiana' te haya conducido con tanta exactitud, con pasos tan bien medidos, al país de origen del gran maestro y al centro de estudios acerca de su obra que (es de suponer) es hoy el más importante que existe." Traigo a mención estas palabras, de corte más bien intimista, porque las considero reveladoras del trato que siempre me prodigó y por el cual –entre otros motivos– le estaré siempre agradecido.

Quizá algún día pueda saldar, siquiera en parte, la deuda que arrastro con Máximo rindiéndole el reconocimiento que se merece. Supondría ello, por lo pronto, realizar un estudio pormenorizado de su obra que he leído y releído (*"la razón de la lectura es la relectura"*, solía decirme) con fruición aunque lamentablemente sin método. De momento, me conforma y complace recomendarla fundamentalmente por su contenido, pero además –y porque es una de sus notas distintivas– por su factura literaria.